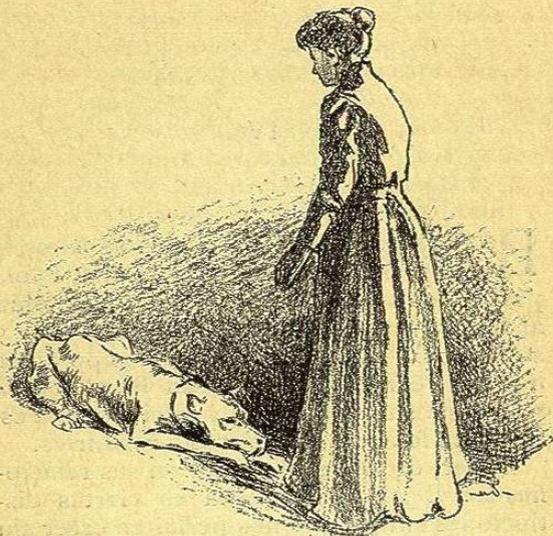


Boxer, ni ningún otro miembro de su respetable familia, tanto de la rama paterna como de la materna sufrió semejante dolencia que yo sepa. Quizás había llegado á sus conclusiones sorprendentes por medio de un proceso individual; pero lo indudable, es que sabía comunicarse perfectamente con



los ciegos. Sujetó, pues, á Berta por los bajos de su vestido sin soltar la presa hasta que la señora Peerybingle, el niño, miss Slowboy y el cesto hubieron entrado en la casa unos tras otros.

May Fielding había llegado ya con su madre, una mujercita vieja, gruñona, de faz malhumorada, que gracias á haber conser-

vado una cintura flexible como un junco, tenía fama de haber lucido durante su juventud uno de los talles más distinguidos de su época. Sea porque en otro tiempo se hubiese visto en mejor situación económica, sea por conservar la idea de que hubiera podido alcanzarla si hubiese llegado algo que no llegó nunca y que no parecía tener la menor probabilidad de llegar (casos que pueden reducirse á uno solo), afectaba los modales de las personas elegantes y adoptaba aires de protección. Gruff y Tackleton estaba también allí, haciéndose el agradable con el aspecto de un hombre que se encuentra tan perfectamente á su gusto y tan incontestablemente en su elemento propio como un salmón recién nacido en la cima de la gran pirámide.

—¡May, amiga del alma!—exclamó Dot corriendo á su encuentro.—¡Qué felicidad!—

Su amiga del alma estaba tan gozosa como la misma Dot; era un espectáculo delicioso el que May y Dot dieron al abrazarse. Hay que confesar que Tackleton era hombre de buen gusto: May era encantadora.

A veces, cuando estamos acostumbrados á admirar una cara bonita, y un día la vemos por casualidad junto á otra cara bonita, la comparación nos inclina á encontrar la primera vulgar y sosa. Pues bien, entonces ocurrió todo lo contrario, tanto por parte de Dot como por la de May, tanto por parte de May como por la de Dot; porque la cara de Dot hacía sobresalir la de May y la cara de May la de Dot, de un modo tan

natural y tan agradable que, como estaba pronto á decir John Peerybingle al entrar en la habitación, hubieran debido ser hermanas, aserción que á decir verdad parecía muy acertada.

Tackleton había llevado la pierna de carnero y ¡caso prodigioso! una torta á modo de extraordinario (bien podemos permitirnos un poquillo de prodigalidad cuando se trata de nuestras novias; no nos casamos todos los días). Uniéronse á estas golosinas el pastel de jamón y las «demás cosillas», como decía la señora Peerybingle, esto es, nueces, naranjas, pastelillos y otras menudencias. Cuando se sirvió la comida, á la que se había añadido el escote de Caleb, que consistía en una enorme cazuela llena de patatas humeantes (una convención solemnemente le prohibía aportar otros comestibles) Tackleton condujo á su futura suegra al lugar preferente. Para mostrarse más digna de él en semejante solemnidad, la majestuosa anciana se había adornado con un gorro calculado para inspirar sentimientos de respetuoso temor á los más indiferentes. Calzaba guantes ¡viva el buen tonol ¡Antes morir que discrepar de sus enseñanzas!

Caleb se sentó cerca de su hija; Dot al lado de su amiga de la infancia; el mandadero se sentó al extremo de la mesa. Miss Slowboy quedó momentáneamente aislada de todo mueble que no fuese la silla en que se sentaba, á fin de que no tuviese á su alcance obstáculo alguno en que pudiese tropezar la cabeza del niño.

Como Tilly contemplase á su alrededor

con aspecto asombrado las muñecas y los juguetes, éstos á su vez la miraron también abriendo los ojos desmesuradamente. Los ancianos de aspecto venerable (todos en pleno ejercicio de cabriolas contra la puerta de sus casas) demostraban sentir particular interés por la fiesta á escote; parábanse á veces antes de saltar, como si escuchasen la conversación; luego empezaban de nuevo con energía hercúlea su extravagante salto un sinnúmero de veces, como si sus perpetuos tumbos les causasen frenético alborozo. Lo que es muy seguro, es que por poco dispuestos que estuviesen dichos ancianos á experimentar un maligno placer ante la cómica situación de Tackleton, podían hacerlo á su sabor con amplio motivo. Tackleton estaba lejos de su esfera; cuanto más alegre se sentía su futura en compañía de Dot menos le gustaba el cariz de la reunión, aunque él la hubiese provocado. Porque hay que notar que Tackleton era un verdadero haz de espinas; cuando todos reían sin que él comprendiese la causa, sospechaba inmediatamente que se reían de él.

—¡May de mi alma!—exclamó Dot.—
¡Cómo hemos cambiado! ¡Cuánto rejuvenece hablar de los felices tiempos de la escuela!

—Me parece que no sois muy vieja todavía,—interrumpió Gruff y Tackleton.

—¡Mirad qué marido tengo tan serio, tan grave! Añade por lo menos veinte años á los míos ¿no es verdad, John?

—Cuarenta,—respondió éste.

—Y vos,—continuó Dot riendo,—¿cuán-

tos años añadiréis á los de May? No puedo decirlo exactamente, pero á su próximo cumpleaños no tendrá menos de un siglo.

—¡Ja ja!—exclamó Tackleton, pero con una risa hueca como un tambor, acompañándola de cierta mirada dirigida á Dot que parecía revelar la siniestra idea de retorcerle el cuello.

—Amiga May,—añadió Dot,—¿os acordáis de qué modo charlábamos en la escuela sobre los maridos que llegaríamos á tener un día? ¡Cuán hermoso, joven, alegre y amable quería yo al mío! ¡Y el vuestro, May! Querida mía, no sé si reír ó llorar, al acordarme de las locuras de nuestra juventud.—

May pareció estar resuelta sobre el partido que debía tomar; sus mejillas coloreáronse vivamente y las lágrimas acudieron á sus ojos.

—¿Y aquellos jóvenes de carne y hueso en que habíamos pensado algunas veces pasándoles revista?—continuó Dot.—¡Cómo podíamos figurarnos el cariz que tomarían las cosas! No había yo pensado nunca en John, á buen seguro. Y si os hubiese dicho que os casaríais con el señor Tackleton, me hubierais administrado un lindo soplamocos. ¿No es verdad, May?—

Aunque May no lo afirmara, no lo negó á buen seguro; no pensó ni por un instante en tomar tal resolución.

Tackleton reía, reía destempladamente, ó mejor aún, gritaba en vez de reír. John Peerybingle reía también, pero con su risa habitual, franca y bonachona, de modo

que su risa era un murmullo al lado de la risa monstruo de Tackleton.

—Y á pesar de todo,—dijo éste,—no habéis podido escapar, no habéis podido resistir. Nosotros quedamos en pie; ¿dónde están vuestros jóvenes y alegres prometidos?

—Unos han muerto,—respondió Dot,—otros fueron olvidados. Si algunos de éstos pudiesen comparecer ante nosotras, no querrián creer que fuésemos las mismas mujeres; no darían crédito á sus ojos ni á sus oídos, y no querrián persuadirse de que les hayamos olvidado. ¡No, no lo querrián creer!

—¡Dot, Dot, mujercita!—exclamó el mandadero.—

Dot había hablado con tanta vivacidad y con tanto fuego, que sin duda John obró acertadamente al llamarla al orden. La advertencia de su marido era muy dulce, y su intervención motivada por el único fin de proteger á Tackleton; pero produjo el efecto deseado, porque Dot calló sin añadir una palabra más.

May callaba también, y permanecía inmóvil, dirigiendo los ojos al suelo con aspecto de indiferencia. Pero su distinguida señora madre, intervino á su vez observando que las muchachas eran muchachas, que lo pasado era pasado, y que «mientras la juventud sea loca y aturdida, obrará con locura y aturdimiento». Después de haber pronunciado dos ó tres proposiciones más de sentido no menos sólido y carácter no menos incontestable notó, inspirada por un sentimiento de piedad reconocida, que daba

gracias al cielo por haber hallado siempre en May una hija respetuosa y obediente, de lo cual no se atribuía en modo alguno el mérito, aunque tuviese sólidas razones para creer que tales resultados eran debidos á su perspicacia. En cuanto al señor Tackleton, dijo que «bajo el punto de vista moral era un individuo presentable, y que bajo ciertos puntos de vista, podía darse por satisfecha de tenerle por yerno; sería necesario haber perdido la cabeza para afirmar lo contrario» (y dijo la última frase con tono altamente enfático). En cuanto á la familia en que iba á ser admitido, después de haber solicitado este honor, juzgaba que el señor Tackleton no ignoraba que si su bolsa era algo reducida, no por esto tenía menos justas pretensiones de nobleza, y que si ciertas circunstancias, referentes al comercio del índigo,—porque se permitió condescender á indicar el origen de todos sus males, pero sin entrar en más detalles,—se hubiesen presentado de distinto modo, hubiera podido hallarse al frente de una gran fortuna. Hizo luego hincapié en su firme voluntad de no querer atender de nuevo al pasado, ni recordar que su hija, durante algún tiempo, había rechazado las peticiones del señor Tackleton, y dijo que no quería hablar de otros muchos asuntos, sobre los cuales disertó, no obstante, largo y tendido. Por fin resumió sus aserciones, afirmando que el resultado general de su observación y de su experiencia la hacía creer que los matrimonios en que menos entrase lo que se llama amor en el necio lenguaje de las novelas,

serían los más felices, y que por lo tanto, profetizaba al matrimonio, cuya celebración se acercaba, la mayor suma posible de felicidad; no una de esas felicidades que brillan y desaparecen como fuego de sarmientos, sino una felicidad bien establecida y sólidamente apoyada. Y terminó advirtiendo á los presentes, que el día siguiente, ó sea el de la boda, era el que más había ambicionado siempre, y que una vez transcurrido este día, no desearía más que ser embalada y expedida para cualquier benévolo y hospitalario cementerio.

Como no había absolutamente nada que responder á estas afirmaciones, feliz ventaja de todas las afirmaciones caracterizadas por encerrarse en el campo de las generalidades, varióse el curso de la conversación é inclinóse la atención de los concurrentes al pastel, á la pierna de carnero, á las patatas y á la torta. Con el fin de que no se cometiese el yerro de dejar pasar desapercibidas las botellas de cerveza, John Peerybingle propuso un brindis en honor del día siguiente, ó sea el de la boda, y pidió que se realizase antes de proseguir su viaje.

Porque bueno es que sepáis que John no hacía más que descansar un instante en casa de Caleb y ofrecer un celemín de avena á su caballo. Tenía que hacer todavía cuatro ó cinco millas de camino y por la noche, á su vuelta, al pasar delante de la casa de Caleb, entraba á buscar á su mujer, según el programa de la fiesta á escote, fielmente observado desde el día de su fundación.

Además de Tackleton y su novia, dos personas más hicieron poco honor al toast. Fué una de ellas Dot, demasiado agitada y turbada para tomar parte en todos los incidentes de la fiesta; la otra fué Berta, que se levantó precipitadamente antes que los demás y abandonó la mesa.

— ¡Adiós! — exclamó el robusto John Peerybingle, cubriéndose la espalda con su abrigo impermeable. — Estaré de vuelta á la hora de costumbre.

— ¡Adiós, John! — respondió Caleb.

Caleb pronunció maquinalmente esta despedida y le saludó con la mano por rutina; en aquel mismo instante observaba á su hija con una mirada inquieta que nunca alteraba la expresión de su fisonomía.

— ¡Adiós, boquirrubio! — prosiguió el mandadero, inclinándose para besar al chiquitín que Tilly Slowboy, absorbida entonces por el ejercicio de su tenedor y su cuchillo, había colocado, dormido aún (y, caso raro, sin accidente alguno) en una casita amueblada por la mismísima Berta. — Adiós. ¿Cuándo irás á desafiarme el frío en mi lugar, amiguito, dejando á tu padre el cuidado de la pipa y los reumatismos en el rincón del hogar? Vaya, ¿dónde está Dot?

— ¡Aquí estoy, John! — exclamó como si despertara súbitamente.

— ¡Vamos, vamos! — continuó el mandadero dando palmadas, — ¿dónde está la pipa?

— ¡Me había olvidado por completo de la pipa, John! —

¡Olvidarse de la pipa! ¡Vióse nunca caso

semejante! ¡Dot, Dot, la misma Dot olvidarse de la pipa!

— ¡La arreglaré en seguida... Pronto estaré lista. —

No obstante, no estuvo lista muy pronto. La pipa estaba en su lugar ordinario, en el bolsillo del impermeable, con el lindo bolso de tabaco, labrado por Dot; pero la mano de Dot temblaba de tal manera, que la mujercita llegó á un estado de completa turbación, aunque, á pesar de todo, tenía la mano lo suficientemente pequeña para que pudiese salir de allí. Hay que reconocer que su torpeza fué inaguantable. Yo, que os había elogiado su habilidad para llenar la pipa y encenderla, he de confesar que realizó pésimamente semejantes operaciones.

— ¡Dios mío! Dot, ¿qué os ocurre? — preguntó John. — Llego á creer que la hubiera llenado mejor yo mismo. —

Después de estas palabras pronunciadas sin malicia ninguna, marchó acompañado de Boxer, del caballo y del coche, que empezaron concertadamente una alegre música á lo largo del camino.





V

CALEB, pensativo aún, contemplaba á Berta y la misma expresión de estupor seguía retratada en su cara.

—Berta, —dijo por fin dulcemente.—¿Qué ha ocurrido? ¡Cuánto has variado en pocas horas, desde esta mañana! Te has quedado triste y silenciosa hasta ahora. ¿Qué tienes? Dímelo.

—¡Padre, padre!—exclamó la ciegucecita hecha un mar de llanto.—¡Qué suerte tan cruel la mía!

Caleb, antes de responderle, la pasó la mano por los ojos.

—Acuérdate, Berta, de lo alegre y feliz que has vivido, siempre buena y amada de todo el mundo.

—Esto es lo que me hiere el corazón, padre mío. ¡Veros siempre tan ocupado de mí, tan bueno para conmigo!—

Caleb hallaba grandes obstáculos para comprenderla.

—Ser... ser ciega, Berta, querida hija mía,—balbuceó,—es sin duda un gran pesar, pero...

—No lo he sentido jamás,—exclamó la joven,—no lo he sentido jamás, al menos en su plenitud. ¡Nunca! Sólo algunas veces he deseado veros y verle á él, aunque no fuese más que un instante, un instante rapidísimo para poder conocer, por medio de mis ojos, las imágenes que conservo aquí (y puso la mano sobre el corazón) como un tesoro precioso, para tener la seguridad de que no me había engañado. Y algunas veces,—pero entonces era una niña,—he llorado durante mis oraciones de la noche pensando que vuestras queridas imágenes que subían de mi corazón al cielo, podían no ser muy semejantes á los seres reales. Pero no he experimentado por largo tiempo tales sentimientos: se disiparon ya dejándome tranquila y satisfecha.

—Y volverá á suceder lo mismo ahora,—dijo Caleb.

—¡Pero, padre mío, queridísimo, tiernísimo padre, sed indulgente conmigo! ¡Soy tan culpable!—continuó la ciega.—No es éste el pesar que me aflige hoy.—

Caleb no pudo contener las lágrimas que inundaban sus ojos; ¡tan conmovida estaba la voz de Berta y tan patético era su acento! No obstante, no la comprendía aún.

—Decidla que venga,—prosiguió Berta,—no puedo guardar por más tiempo este secreto en el interior de mi pecho. ¡Decidla que venga, padre mío!—

Y notando que su padre vacilaba añadió:

—Llamad á May.—

May oyó pronunciar su nombre, y acercándose á Berta, la tocó el brazo. La ciegucecita se volvió en seguida y la cogió ambas manos.

—Mirad mi rostro, amiga mía,—dijo.—Leed en él con vuestros hermosos ojos y decidme si la verdad se refleja en él.

—Sí, Berta mía.—

La ciegucecita, levantando su rostro sin mirada á lo largo del cual se precipitaban abundantes lágrimas, la habló así:

—¡No han pasado por mi alma ni un deseo ni un pensamiento que no os deseen la felicidad, May! No conservo en mi alma un recuerdo de gratitud mayor que el recuerdo profundamente grabado en mí de las numerosas muestras de atención que disteis vos, que podríais enorgulleceros de vuestros ojos clarividentes, á la pobre ciega Berta, hasta cuando éramos niñas, si es que los ciegos tienen niñez. ¡Que todas las bendiciones del cielo caigan sobre vuestra cabeza! ¡Que todos sus esplendores brillen en vuestro feliz camino, tanto mejor, tanto mejor, querida May!—

Y en este momento se acercó más á su amiga, cuyas manos estrechó, redoblando su cariño.

—¡Tanto mejor, os lo aseguro, aunque la noticia de que vayáis á ser su mujer haya torturado mi corazón hasta destrozarle! ¡Padre mío, May, Mary, perdonadme este sentimiento tan natural! Acordaos de todo lo que ha hecho para aligerar las penas de mi triste existencia sumergida en las tinie-

blas! Pues bien; á pesar de todo, podéis creerlo, tomo al cielo por testigo de que no podía desearle una esposa más digna de su bondad.—

Mientras pronunciaba estas palabras había soltado las manos de May Fielding para cogerle el vestido, al cual permanecía agarrada en una actitud mezcla de súplica y ternura; hasta que, tomando un aspecto cada vez más humilde á medida que avanzaba en su extraña confesión, se dejó caer á los pies de su amiga y ocultó su rostro ciego en los pliegues del vestido de May.

—¡Dios mío!—exclamó Caleb, sintiendo súbitamente que la luz de la verdad resplandecía ante sus ojos,—¡la he engañado desde la cuna para llegar á destrozarle el corazón!—

Afortunadamente para todos, Dot, la radiante, útil, activa y diminuta Dot,—porque hay que reconocer que reunía todas estas cualidades á pesar de todos sus defectos,—estaba allí, y sin su presencia no puede preverse cómo hubiera terminado el lance. Dot, recobrando su fuerza de ánimo, intervino antes que May pudiese replicar ó Caleb decir una palabra más.

—¡Venid, venid, querida Berta! Venid conmigo. Dadla el brazo, May. Muy bien. ¿Veis? Ya está más tranquila y pronta á escucharnos,—dijo la alegre mujercita besándola en la frente.—Venid, venid, querida Berta. Y he aquí que su padre va á llevársela ¿verdad, Caleb? á lle-vár-se-la.

—¡Bien, bien, bravo!—

Dot se portaba en estas ocasiones con

tanta nobleza, que se hubiera necesitado un corazón muy duro para resistir á su influjo. Cuando hubo hecho salir al pobre Caleb al lado de su hija Berta, á fin de que pudiesen consolarse y comunicarse valor uno á otro (bien sabía que sólo ellos podían consolarse mutuamente) volvió en un abrir y cerrar los ojos fresca como una rosa, según suele decirse,—y aún más fresca que una rosa, según mi parecer,—á montar la guardia alrededor de la almidonadita señora Fielding, la del cuello alto, la de cabeza cubierta con el gorro majestuoso y manos enguantadas, temiendo que la pobre vieja no llegase á descubrir algún detalle enojoso.

—Traedme el muñequillo, Tilly,—dijo acercando una silla al fuego.—Mientras esté sobre mis rodillas, Tilly, la señora Fielding me dirá cómo deben envolverse los niños, y me enseñará una porción de cosas que ignoro enteramente. ¿Accederéis, verdad, señora Fielding?—

Ninguna rata ha caído jamás en la ratonera con la facilidad con que la anciana cayó en el lazo que la tendía Dot. La marcha de Tackleton, que había salido para dar una vuelta, y sobre todo los murmullos de dos ó tres personas hablando juntas y sin contar con ella durante dos ó tres minutos abandonándola á sus propios recursos, hubieran bastado para renovar su aire doctoral y hacerla empezar de nuevo la expresión de sus pesares,—que hubiera durado veinticuatro horas,—debidos á la misteriosa y fatal revolución acontecida en el comercio de indigo. Pero una deferencia tan señalada